

Una visita a Marcos Redondo

Me gusta enormemente charlar con Marcos Redondo. Nuestro paisano adoptivo, famoso en el mundo entero, es sencillo, amable, cordial y simpático sin esforzarse, tiene ideas claras y una memoria fabulosa. Recuerda hechos y sucesos de su más tierna infancia con la misma claridad y detalles que si se hubieran producido el día anterior.

Sus memorias, que están a punto de publicarse, han de ser de una amenidad extraordinaria. Marcos Redondo, como casi todos los grandes hombres, ha vivido intensamente y se ha relacionado con los primates de la industria, las artes, la ciencia y la política. Reyes, presidentes, ministros, etc., le han aplaudido en sus actuaciones y le han recibido y agasajado en privado.

Una parte de su casa de Viladrau, en donde pasa los veranos y en la que solemos visitarle, está cubierta de pergaminos, nombramientos y condecoraciones, cuya enumeración nos llevaría largo tiempo y mucho espacio. Es posible que otro día tratemos este asunto que es también de sumo interés.

Pero él lejos de vanagloriarse de estas cosas, le gusta recordar, su infancia difícil, su lucha para situarse y los sacrificios y privaciones que le costó el triunfo.

A finales de este verano, como en otras ocasiones, llamé por teléfono a su finca de Viladra, para ponernos de acuerdo y pasar la tarde del día siguiente juntos. Tanto a mi esposa como a mi nos recibió con un gran abrazo.

Dimos una vuelta por la finca, que ya conocemos de otras veces. Preciosa y señorial finca esta de Marcos Redondo en Viladrau, desde donde casi se toca la cina del Montseny con la mano. La casa bella y amplia es en su exterior una construcción típica de montaña. Añosos cedros la rodean. Frontón, un bien cuidado campo de tenis, piscina de reglamento; en un umbroso rincón del parque un «ast» para asar carnes al aire libre y a su lado un riachuelo en el que Marcos Redondo cría uno de sus manjares predilectos: cangrejos. En este apartado rincón del jardín, sin más luz que la de la luna, una noche inolvidable, Andrés Segovia dió un mágico concierto, con su mágica guitarra, para unos cuantos escogidos. Marcos Redondo lo recuerda siempre con emoción.

Pasamos al interior de la casa, amplia como ya hemos dicho, confortable, amueblada con un gusto exquisito y en donde se ve la mano de las dos hijas de nuestro gran barítono, ya casadas y con hijos. Las dos familias pasan el verano aquí, y los nietos hacen las delicias de Marcos Redondo.

Nos sentamos a charlar y a recordar cosas de Ciudad Real. Le comentó que al venir, hemos oído en la radio una emisora de Barcelona que daba una selección de romanzas suyas y el comentario del locutor que aseguraba que Marcos Redondo era catalán, pero nacido en Extremadura. Nos reímos de la ocurrencia. Y Marcos Redondo nos explica:

Yo nací en Pozoblanco. Mi madre se casó allí con un guarnicionero. Pero cuando mi padre tenía 28 años, murió de lo que entonces llamaban un «cólico miserere». Quedamos tres niños. Yo tenía entonces 2 años. Mis dos hermanos fueron recogidos por unos familiares y mi madre y yo nos fuimos a Ciudad Real con mi abuelo que era teniente de la Guardia Civil y había sido destinado a aquella Comandancia.

Conforme fui creciendo, y teniendo algo de uso de razón, me daba cuenta del problema que era tener que vivir a expensas de los cortos ingresos de mi abuelo.

Apenas cumplidos los 7 años, iba muy a menudo a la Catedral, a pedir a la Virgen del Prado nos ayudara a resolver nuestra situación económica.

Allí en la Catedral, oía cantar a los seises. Me entraron unos grandes deseos de serlo yo también. Tenía como digo recién cumplidos siete años, y un día, armándome de valor, me presenté al maestro de Capilla para que me hiciera una prueba. Accedió a ello y me hizo cantar aquello de ¡Oh, María madre mía o Consuelo del Altar...».

Estaba tan emocionado y nervioso, que lo hice muy mal y me dijo que no valía.

Pero volví a insistir a los pocos días y ya más tranquilo. Fui admitido, en compañía de otro muchacho al que tenía que pedir el método prestado para estudiar.

A los dos días de haber sido admitido, el maestro de Capilla me dijo que debía llevar